

TRES REVISTAS NAVARRAS

Al volver a la normalidad —eso que los franceses llaman «la rentrée»— nos esperan sobre la mesa de trabajo libros y revistas de tema navarro. Algunos, aparecidos poco antes del verano; otros, salidos de las prensas durante el trimestre pasado. Comencemos por las tres revistas editadas por la Institución Príncipe de Viana.

LATIN Y VASCUENCE

«Fontes Linguae Vasconum» es una revista sorprendente. De un alto nivel científico, exige una profunda formación lingüística. Ha demostrado que entre los amantes indígenas del euskera no abundan los filólogos de bagaje sólido, cosa que sabemos hace años, a través de la existencia de otras publicaciones cualificadas y ya extintas. Esta es una desgracia que no afecta sólo al euskera. Los últimos estudios originales sobre etnografía gallega han aparecido en inglés. FLV sigue la práctica universal de publicar los artículos en la lengua original de redacción, lo cual en principio parece hacerla aún más minoritaria. (Alguno, al aparecer la revista, vino a decir que si él no sabía alemán nadie podía saberlo). A pesar de la indudable altura lingüística y de la dificultad idiomática FLV se agota en cada número y ha aumentado la tirada. Esta es tierra de algunas paradojas y no es poca que una revista de características tan abstrusas sea, al menos por la venta, popular.

En el número 10, correspondiente al primer cuatrimestre del año, aparecen artículos de Michelena, K. Bouda —«Bemerkungen zu Duvoisins labourdimischer Uebersetzung des Alten Testaments» y una nota bibliográfica sobre el reciente libro de Edzard Johan Furnée. «Die wichtigsten konsonantischen Erscheinungen des Vorgriechischen, mit einem Appendix über den Vokalismus», Kintana —«Gregorio Arruebarrenak argitaratu gabe utzi zuen eskuskribu batez zembait ohar»— Satrustegui y Martín Larráyo. Las observaciones de Bouda a la traducción labortana que Duvoisin hizo del Antiguo Testamento son preferentemente morfológicas —verbos, numerals, sufijos— y fonéticas —dialectales o no—, pero también coteja formas léxicas de Duvoisin con las fijadas por Azkue, Lhande, Darricarrère, Leizarraga y Oihenart. Es un trabajo interesante para los estudiosos de las variantes dialectales.

El artículo de Michelena —«Nota marginal sobre la huella latina en la lengua vasca»— recoge la intervención del filólogo en el IV Congreso Nacional de Estudios Clásicos, celebrado en Barcelona en abril del 71. El tema no es fácil y Michelena lo reconoce en las primeras líneas. Quien haya consultado su «Fonética histórica vasca» reconocerá en este trabajo algunas líneas de pensamiento. Si entre el latín y los romances no hay, desde cierto punto de vista, solución de continuidad, en la Vasconia antigua, medieval o moderna no se pueden distinguir como bloque la capa latina de los estratos más recientes; dentro del euskera sólo cabe separar la aportación estrictamente latina en virtud de criterios suministrados por la historia de otras lenguas. Otra cuestión es que la presión latina y románica sobre la lengua vasca haya sido, durante dos milenios, abrumadora.

La huella latina se advierte en la sintaxis —la correlación temporal, por ejemplo—, en la morfología —los temas nominales tomados del acusativo y los verbales del participio, pero quizá no algunos sufijos de derivación nominal («-mendu», por ejemplo) posiblemente románicos. Sin embargo, los proverbios latinos o románicos, no han enajado en vascuence. La impronta se advierte también en el léxico. Michelena pone en guardia contra los criterios fonológicos con apoyo semántico que facilitan conclusiones ricas. Para él, es sorprendente el escaso número de voces de origen indoeuropeo prelatino en el léxico vasco. Este punto, como es bien sabido, para otros autores no ofrece tal sorpresa. No sólo abundan en vascuence, según algunos, esas voces indoeuropeas, sino que se pueden precisar sus orígenes célticos o ilirios. Michelena no encuen-

tra base a tales procedencias y argumenta que quizá existieron esas voces, barridas después por las aportaciones latinas y las nuevas circunstancias sociopolíticas. Formas como «errege» o «dege» habrían suplantado a sus presuntas predecesoras. Esta es una hipótesis sin documentación que la avale, reconoce Michelena. Y también sin argumento que la derribe. Pero sí es ese el proceso documentado para la dualidad latín/romance, por la cronología de los textos: lo más reciente —«detxema», «seinale», «pagatu»— reemplaza a los más antiguos —«dekuma», «zeinhare», «bak(h)atu». Es decir, la aportación románica no sólo resulta enemiga del fondo propio vasco, sino de los elementos latinos ya asimilados. A pesar de esa acotación, Michelena cree que falta todavía una valoración objetiva de la huella latina en el léxico vasco. Y si de los préstamos lingüísticos tratamos de inferir el alcance de la penetración latina en el ámbito vasco, el terreno se hace más peligroso aún. Caro Baroja ya demostró que «golde», arado, es voz latina —Michelena prefiere decir románica—, pero el apéndice era conocido antes de llegar los romanos y hay de ello pruebas arqueológicas decisivas.

Y quedan las aportaciones al sistema fonológico vasco, sistema que no debía ofrecer demasiadas unidades distintas al latín. Michelena no cree en unas oclusivas características, pero sí parece admitir una mayor riqueza en las sibilantes. Frente a la «s» única del latín, el vascuence presenta un orden palatal —fricativa y africada, «x» y «tx»—, apicales —«s», «ts»— y dorsales —«z», «tz»— también sordas.

El estudio de la toponimia puede iluminar, con la arqueología y la epigrafía, cuál fue la extensión e intensidad de la romanización. Pero a juicio de Michelena, este estudio toponímico debe atenerse a métodos históricos. En ese sentido, Michelena puntualiza el estudio lingüístico de la Alava prerromana y romana llevado a cabo por María Lourdes Albertos.

Satrústegui compara las versiones urdiaindarras del romance de la doncella guerrera con las recogidas posteriormente en Araoz y Aránzazu. En el epílogo se consigna también la versión francesa recogida en Arette por M. Barrouillet.

Martín Larráyo estudia los códices en vascuence de la Biblioteca Nacional de París. Los fondos analizados se dividen en dos grupos muy desiguales. Por un lado, tres manuscritos de Silvain Pouvreaux, cura en Bourges y vascofilo célebre. Se trata de unas exaplas —vasco, francés, castellano, latín, griego y hebreo—, un cuaderno de notas gramaticales y lexicográficas y una versión euskérica del Kempis. Estas obras pertenecieron a Colbert, de cuya biblioteca pasaron a la Nacional. Por otra parte, figuran noventa y siete manuscritos recogidos durante los últimos setenta años a ambos lados del Pirineo. Datan del siglo XVI al XIX. El bloque mayor gira en torno a 1800. Larároz los clasifica en religiosos —prácticos, parentéticos, ascéticos—; autos sacroprofanos de Larralde, Basagaiz, Euehagay, Farín, etc.; épica heroica y narrativa y lírica. La descripción y clasificación introduce a la reseña pormenorizada y a veces a los mismos textos. Son curiosos el sermón católico-foral anónimo, las aleyuas burlescas «a costa de Josepha Pérez» y las copias carlistas de «Arranz-illun». Como apunta el autor, sería interesante la edición de estos fondos, en los que se acumulan trabajos de los juegos florales euskeros, esbozos de otros trabajos célebres —como un intento de vocabulario, de Azkue—, piezas oratorias sacras y profanas útiles para conocer el momento del país y musa popular, más fácil que culta.

SANGUIJUELAS Y ERMITAS

«Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra» —también número 10—, presentan trabajos del P. Donostia, Douglas Gifford, Satrustegui, Bouda, López Sellés y Urrutia.

El texto del P. Donostia —«Oraciones, prácticas, populares y medicinales populares»— es la conferencia pronunciada por el fraile capuchino en Vitoria el 9 de septiembre de 1933 y publicada posteriormente, en 1956, en «Egan», con el título de «Enskal-Erriko otoiak». Tiene una gran virtud: son materiales directamente populares, porque la bibliografía sobre el tema es escasa. Hay de todo: oraciones ortodoxas, fórmulas sacramentales, conjuros, parodias, onomatopeyas infantiles y formas supersticiosas. De cuando el folklorista las recogió a hoy, algunas habrán desaparecido. Otras, siguen vivas. Por ejemplo, en Baztán se cumplen todavía algunos ritos verbales de difuntos. Como es lógico, se advierte una clara mentalidad mágica, que no establece la relación de causa y efecto. Es el «perfil espiritual del pueblo», quizá hoy un poco lavado en algunos aspectos. Nos parecen risibles las fantasías del casero baztanés que oía los ladridos nocturnos de los perros de Salomé, pero la realidad del «ingume» y la vigencia de las prácticas de curanderos demuestran un peso permanente de arcaísmo mental.

Douglas Gifford se refiere a la traducción inglesa de «Las brujas y su mundo», de J. Caro Baroja. Para Gifford el libro es excelente, ponderado, rico en observaciones y útil, por la nueva luz que proyecta sobre las actuaciones de la Inquisición española. Salazar y Frías era más avanzado y científico y menos crédulo —es decir, más justo y objetivo— que sus colegas europeos. Claro que Salazar y Frías podía estar en franca minoría —minoría unánime— frente a sus compañeros cispirenaicos. Para Gifford las sombras del libro son su silencio sobre la magia social y medicinal, procedente en algunos aspectos de Egipto, la escasa atención que Caro Baroja presta a las diferencias entre «hechicera» y «bruja» y quizá la ambición de algunos títulos de capítulos. Gifford cree con Caro Baroja que éste es un tema extraordinariamente trágico y por eso alaba la honestidad, la libertad y la justicia de este libro, apto a un tiempo para el curioso hombre de la calle y para el investigador.

José María Satrustegui —«El mercado de las sanguijuelas en el País Vasco»— cuenta la vida, andanzas, negocio y anécdotas del último sanguijuelero de Urdiain, D. Juan Miguel Galarza Mendiluce (1842-1927), «Kapaxo». Son interesantes las características de un negocio en apariencia tan intrascendente, perfectamente encajado en la vida tradicional: el origen y conservación de la mercancía, los viajes del

«iteinduna», las aplicaciones terapéuticas del anélido, etc. «Kapaxo» viajaba por Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y Logroño y vendía de 1.000 a 1.500 sanguijuelas semanales, a real la unidad. Las sanguijuelas las recibía en un principio de la Cuenca de Pamplona —eran bichos «falluak»—, y después de Gironda, para terminar comprándolas a José María González, de Valdepeñas.

Este es un aspecto muy poco conocido entre nosotros y muestra directamente los modos de vida de nuestros padres y abuelos. Veinticinco céntimos por sanguijuela puede parecer una ridiculez, pero «Kapaxo» pagaba en Urdiain el vaso de vino a 5 céntimos y había semanas en que sólo él bebía vino en la taberna... El dinero se movía poco. Mil reales de facturación semanal debía ser algo.

Satrústegui recoge una copia que le soltaron a «Kapaxo» en una de sus salidas: «Oiga usted, señor, a este pueblo llaman Oco: pan y vino poco, los hombres borrachos y el cura loco».

Satrústegui apunta si el pueblo no sería Oco. Yo pienso que no es necesario forzar el texto. Oco existe, en Tierra Estella, en el Valle del Ega.

Bouda propone un suplemento al diccionario de Azkue, con materiales extraídos de los textos folklóricos de Barandiarán. Esos textos van de 1927 a 1961 y las voces se refieren principalmente a formas vizcainas y guipuzcoanas. Me parece un trabajo fugado de FLV, donde hubiera encajado mejor, porque no es etnográfico, sino lingüístico. Incluso Bouda, al final, añade una corrección de erratas —casi todas, letras cursivas equivocadas— de un artículo suyo inserto en FLV.

Tomás López Sellés firma una «Contribución a un catálogo de ermitas de Navarra». Lo presenta como «una humilde aportación de datos recogidos de mis lecturas y de mis paseos y que desearía que otras personas fuesen depurando y completando». El trabajo se limita, en esta entrega a la Merindad de Sangüesa, que recorre por valles. Cataloga 189 ermitas.

López Sellés intenta un repaso descriptivo y no crítico de las ermitas navarras, partiendo de la relación de Núñez de Cepeda. Efectivamente, no adopta una postura crítica, ni hurga en fuentes documentales. Pero es menester decir que va más allá que Núñez de Cepeda. De las 189 advocaciones censadas, sólo 77 figuran en el libro de D. Marcelo. Es decir, apenas el 41%. López Sellés ha inventariado y visitado el 59% restante sin apoyo previo bibliográfico. Esta presentación acompañada de 32 fotografías hace esperar con ilusión la entrega de los catálogos de las demás merindades navarras.

HISTORIA ECONOMICA

«Príncipe de Viana» —año 33, números 126-127, que cubren los dos primeros trimestres de 1972— incluye trabajos de Emilio Junyent y Vicente Baldellou —«Estudio de una casa ibérica en el poblado de «Mas Bosca», Badalona»—, Angel J. Martín Duque, Francisco Javier Zabalo Zabalegui, Juan Carrasco Pérez y Pedro López Elum. El número se cierra con las dos conferencias teilhardianas del Cardenal Daniélou, el pasado marzo, en Pamplona.

Martín Duque, Zabalo y Carrasco ofrecen tres cuadernos de peajes de Carcastillo, Tudela y Sangüesa, respectivamente, correspondientes a 1357, 1380 y 1380. El más extenso, por días de trabajo es el de Carcastillo, subordinado al de Sangüesa. Es curioso ver el movimiento comercial de importaciones y exportaciones en esas aduanas con Aragón. Navarra importaba aceite, azafrán, cera, algodón, azúcar, miel, frutas, ajos, alumbre de roca; exportaba hierro, acero, bestias de tiro y carga, garbanzos, pescados frescos y cecialas. A veces se trataba de reexportaciones, llegadas desde Bayona. Es interesante, asimismo, apreciar el juego de los aranceles, que en Tudela, como señala Zabalo, gravaban la importación de algodón con una tasa cuádruple de las aplicadas a la exportación.

Los estudios económicos son imprescindibles para establecer la verdad de una historia —aunque no se parta de presupuestos marxistas— y el trabajo de López Elum sobre la depresión navarra en el siglo V viene a confirmar una vez más la insuficiencia de las historias políticas como enredo de intrigas e intereses regios. López Elum subdivide su análisis —muy esquemático— en ocho periodos. Porque si hay reinados como el de Carlos III, el Noble (1387-1425) de florecimiento indudable y sostenido, en

otros casos deben establecerse subperiodos de depresión, de crisis y de recuperación. En el reinado de Juan II, desde la muerte de la reina titular Doña Blanca hasta la batalla de Aibar (1451) la situación pierde estabilidad —despoblación, saqueos y muertes en guerra— y va cayendo en picado hasta la desaparición del monarca, padre de Fernando el Católico. El breve reinado de Francisco Febo señala un alto en la caída económica, acentuada en el último tramo de la monarquía navarra de Catalina y Juan de Albret, enfrentados a la depresión incontinente, a la pujanza del Conde de Lerín, al enriquecimiento ilegal de algunos. Los reyes no tenían nada, ni capacidad de reacción. No es sólo que las arcas estuvieran vacías.

Como ya dijo Ubieto —«Ciclos económicos de la Edad Media española»—, la expansión de la economía navarra se produjo en tiempos de Carlos II, llamado el Malo por los franceses —que tenían sus motivos para considerarlo así—, y continuó en tiempos de su hijo. Después todo se vino abajo. Cuando el duque de Alba entró con las tropas castellanas en Navarra, encontró un reino quemado, exhausto, desfallecido y harto de hambre. Hay que recordar que en esa situación la que más sufrió fue la minoría judía. López Elum ha analizado, dice, 30.000 documentos. El número merece una consideración: la mitad corresponde a los veinticinco años del reinado de Carlos III correspondientes a este siglo XV. Los porcentajes van decreciendo mucho después: sólo el 10% de la documentación abarca los sesenta últimos años (1452-1512) del Reyno. En líneas generales, el análisis de López Elum confirma lo establecido por Ubieto, matizando los rasgos generales.